

HOJAS DE PAPALAGUINDA

Por Antonio PEREIRA

"DECIAMOS ayer..." es, además de una frase reina en el Diccionario de citas y frases célebres, un tópico como una casa. (Y la comparación de "como una casa" también es un tópico de tomo y lomo, lo mismo que este "de tomo y lomo" es un tópico que no se lo salta un gitano, y así sucesivamente...)

El tópico tiene mala acogida por parte de los lectores, que, pues lo pagan, pretenden del escriba la correspondiente originalidad a cada paso, o sea a cada renglón. Dura y hasta cruel exigencia, porque la vida está hecha de repeticiones, y sólo de vez en cuando, muy de vez en cuando, se levanta una expresión señera que hace fortuna.

Relativa fortuna, hay que decir también. Porque no hay gloria que más cerca encuentre su pena. Un lúcido ensayo de Laín nos recuerda que al encontrarnos un amigo y decirle "¡Dichosos los ojos!", es porque Jesucristo dijo un día a sus seguidores: "Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis" (Luc, X, 23-24). Serían miles, los ejemplos así.

A la vuelta del "largo y cálido verano" -¡Y dale!-, a quién no le tienta repetir a Fray Luis. (Que a lo mejor dijo aquello adrede pensando en acuñar su frasecita.) Y claro, por respeto a sí mismo, y a los lectores, y a la reprobación del director, uno se pone con vergüenza a escapar de lo redicho y manido.

Es un error. Porque "la mejor manera de vencer a la tentación es caer en ella" (Oscar Wilde). Pero ya está bien de citas, y empecemos nuestra propia tarea. Decíamos ayer...

-*-

EL comienzo de nuestro descanso veraniego vino a coincidir con el descanso definitivo de Papillon. Creo que le quedé debiendo esta glosa. Nos conocimos en Las Palmas de Gran Canaria, por la primavera de 1970. El francés aventurero, el francés

escritor -a mi lector la responsabilidad de cargar su acento donde prefiera-, vivía entonces su propia primavera esplendente, y eso que en una biografía normal el tiempo de las ilusiones habría quedado atrás. Pero no, no era una biografía normal la que culminaba rebautizando a Henri Charrière con el nombre de "Papillon". Más águila que mariposa volaba ahora de país en país, de muchedumbre en muchedumbre: entrevistas; focos sobre sus facciones duras, aunque gastadas; besos de jóvenes lectoras impetuosas. La admiración de muchos. El escándalo de algunos.

Yo no tenía ningún deseo de conocer al personaje. Tampoco tuve el menor reparo cuando nuestro encuentro se produjo por eso de que, como en el Tercio (Papillon tenía aire legionario), "nada importa su vida anterior". En la sobremesa de unos conejos bien aromados, cerca de la caldera de Bandama, intercambiamos cortésmente las impresiones de nuestras respectivas horas isleñas. Él me dijo que le dolía terriblemente la muñeca, de dedicar cientos y hasta miles de ejemplares. Yo le dije que mi firma, bien anunciada en los periódicos, había llevado a la Librería Lara una treintena escasa de compradores, y esto incluyendo a unos cuantos que fueron por leoneses o bercianos. Él me dijo que envidiaba mi manera de hacer literatura. Yo le dije que me hubiera gustado un poco más de clientela, no mucha, sólo un poco más. Pienso que los dos éramos sinceros. Y que ni Charrière se hubiera cambiado por mí, ni yo por Charrière.

En estos tres años últimos me fueron llegando algunos recuerdos, de Venezuela, de Buenos Aires, postales con escritura enérgica y al mismo tiempo infantil, precaria en su sintaxis castellana. Y no hace mucho, otra vez en persona: junto al mar del Sur. El friso que servía de fondo a la vida del viejo prisionero empezaba a ennegrecerse, máculas del infortunio. "Acabo de perder un ojo", me dijo con apocamiento. Aunque en seguida le salía la fiereza, tan acorde con su talante: "¡Pero puedo conducir!" Papillon tenía buenas razones para reconocer el vigor del símbolo, la distancia entre conducir y ser conducido.

Mi último recuerdo directo de Henri Charrière es su propuesta insólita, en la tarde fuengiroleña y suave: que escribiéramos él y yo un libro en colaboración.

Yo no he saltado nunca la presa que saltan los mozos de Villafranca, seguro que no acertaría a prender un fuego solitario frotando maderas, apenas he disparado una escopeta. Y nado tan mal...

-No, no- la inteligencia de Papillon traspasa-, no es lo que estás pensando- me dijo-. Un libro tierno, poético, de cuentos para los niños...

Fue la postrera noticia de Papillon, hasta me enteré de su muerte. Hablaba, ya,

con voz rota que no presagiaba nada bueno.

*

SOBRE los ya crónicos fraccionamientos de la conciencia mundial, el "Allende sí" y el "Allende no" se han convertido de súbito en el más actual y levantado motivo de bandera. El mundo entero hace un referéndum gigante. Desde Noruega a la Patagonia. Desde el Tíbet hasta la Curia Vaticana. Y en nuestra propia casa, tan dada a la uniformidad, los periódicos cruzan sus espadas con un celo insólito para el lector.

Sería difícil, y además impropio, ensayar en estas líneas el juicio sobre la esencia de los acontecimientos de Chile. Pero sí cabe vaticinar un próximo porvenir legendario para la figura de su presidente. Mejor dicho, ese porvenir ha empezado ya.

Es verdad que Salvador Allende no se adornaba con barba; y no era alto y delgado; y su mirada nos venía a través de unas gafas que parecen excluir la aventura del brazo enérgico todo en el contexto de un talante honrado de juez, o de médico rural, o de telegrafista. Y, sin embargo, habrá una poesía urgente que lo cante. Al fin y al cabo, la poesía, cuando es verdadera, bucea bajo la apariencia de las cosas. Y no me parece broma la estampa como burocrática de un presidente constitucional, con el casco protector y la metralleta en la mano, defendiendo lo que nadie ha podido decir ni siguiera los enemigos que fuesen sus intereses particulares.